

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-802-0

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2014

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2017

Séptima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Prólogo y coordinación pedagógica: Fernando J. López

Edición crítica: Paloma Aparicio y Paloma Ferrer

Directora de la colección: Maite Malagón

Editora ejecutiva: Yolanda Caja

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín,

Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Actividades: Liset Lantigua

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



PRÓLOGO Y COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
FERNANDO J. LÓPEZ

EDICIÓN CRÍTICA
PALOMA APARICIO Y PALOMA FERRER

Índice



Lázaro, el antihéroe	9
<i>Lazarillo de Tormes</i>	15
El autor y la obra	98
Cuaderno de análisis	109

Lázaro, el antihéroe



Crecer no es fácil. La realidad se encarga de sembrar a nuestro paso, y en cada nueva edad, obstáculos que hemos de vencer. Infancia, adolescencia, juventud, madurez... Cada etapa supone un nuevo reto en el que todos, como el protagonista de esta novela, hemos de aprovechar las experiencias pasadas y convertirlas en un aprendizaje que nos permita romper los límites que hallemos a nuestro paso. Por eso Lázaro es uno de los grandes iconos de nuestra literatura: un personaje humilde que encarna la lucha por sobrevivir y desafía a un entorno hostil donde otros gozan de unas ventajas de las que él carece:

«Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto».

Prólogo

Lázaro no está dispuesto a ser menos por el hecho de que la Fortuna no haya sido tan generosa con él. Así pues, desde el inicio de esta novela, escrita en forma de una larga carta, se nos deja ver con claridad cuál es su intención: demostrarnos el mérito de quien, sin más ayuda que la de su «fuerza y maña», consigue progresar. La sociedad en la que se desenvuelve el personaje está marcada por el origen: el nacimiento condiciona las opciones vitales, que se reducen a seguir el camino trazado por un sistema donde el individuo ha de asumir un destino que solo favorece a unos pocos. Sin embargo, nuestro protagonista no está dispuesto a contentarse con las migajas que le ofrece la realidad y se valdrá de su inteligencia y astucia para sacar provecho de cuanta situación se presente en su camino. El hambre, su principal motor, es también su mayor fuente de inspiración: solo su ingenio podrá salvarle de la ruindad de quienes le rodean. Y, en especial, de la mezquindad y el egoísmo de quienes, como el sacerdote de Maqueda, se supone que deberían ser mucho más generosos:

«Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que tenía en substentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí».

Tratado II

Los métodos de Lázaro no son –en absoluto– los propios de un héroe y, sin embargo, nos resulta imposible no sentir simpatía hacia este personaje gracias a su humanidad y al magnífico retrato que se nos hace de él a lo largo de la novela. Se nos describe a alguien tan cercano, tan reconocible y tan universal que todos vemos en su relato un reflejo de ese niño ingenuo que fuimos y de la persona que ahora somos:

«—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rio mucho la burla.

Paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba».

Tratado I

Como le sucede a Lázaro, también nuestro carácter y nuestra personalidad se ven influidos por cuanto vivimos y, al igual que le ocurre a él en compañía del ciego, del clérigo o del escudero, todos somos más o menos conscientes de que las personas que nos rodean contribuyen a la construcción de nuestra identidad.

Lejos del héroe épico, presidido por valores como el honor, Lázaro se presenta ante nosotros como el espejo perverso de esa figura modélica: su motor es la supervivencia; sus armas, el ingenio y el engaño. Con él se funda definitivamente un género esencial en la literatura española, la picaresca, donde se relatan historias de personajes que hacen de la mentira y de la estafa su forma de vida. Se trata de novelas que no solo pretenden divertir al lector, sino que también ofrecen un

amplio y crítico mosaico de la sociedad de su tiempo. A este género pertenecen títulos tan célebres como el *Buscón*, de Francisco de Quevedo, o el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, y otras piezas protagonizadas por pícaras, como *Las harpías en Madrid*, de Alonso de Castillo Solórzano, o *La pícaro Justina*, de Francisco López de Úbeda, que ponen de manifiesto la dificultad de la mujer para abrirse camino en la sociedad de los siglos XVI y XVII.

Humor, aventura, intriga... Todo ello forma parte de la historia que se nos cuenta en el *Lazarillo*, un libro en el que detrás de cada anécdota late una crítica hacia la hipocresía y la injusticia social, además de una reflexión sobre nuestra propia vida: ¿qué hace que seamos como somos? ¿En qué momento abandonamos la infancia y nos convertimos en adultos? La peripecia de Lázaro podría servir como una expresión simbólica de esa etapa de cambio, de esa transición dolorosa y fascinante a un mismo tiempo que es la adolescencia: el Lázaro niño aprende con el ciego los trucos que el Lázaro adolescente aplicará con sus amos posteriores, ya sea para engañarlos –como en el caso del clérigo– o para protegerlos –como al escudero, con quien establece una relación que roza lo entrañable.

En este sentido, el *Lazarillo* forma parte de uno de los géneros literarios más universales: el llamado *Bildungsroman* o novela de formación, al que pertenecen aquellas novelas que abordan el tema del crecimiento y del paso de la infancia a la madurez. Novelas juveniles del siglo XXI como *Ventajas de ser un marginado*, series como *A*

dos metros bajo tierra, cómics como *Fun home* o películas como *Boyhood* son solo algunos ejemplos de este subgénero. Esa evolución del protagonista es, precisamente, el rasgo que nos permite considerar el *Lazarillo* como la primera novela –o *protonovela*– moderna. Es cierto que no cuenta con la complejidad formal del futuro *Quijote*, pero ya se trata del primer texto narrativo en el que los personajes rompen los límites del cliché y se convierten en seres humanos con sus miserias, grandezas y contradicciones.

¿Lázaro es héroe o villano? Ninguna de las dos cosas, resulta imposible simplificar y resumir en una única categoría a alguien tan vivo y tan complejo como él. Lázaro representa, con todas sus luces y sus sombras, al antihéroe, a ese individuo perdido en una sociedad que le oprime y donde no acaba de encontrar su lugar. Alguien que, como cualquiera de nosotros, tiene que encontrar el modo de hacer oír su propia voz, aunque las circunstancias no se lo pongan fácil. Aunque no haya nacido en el mejor de los mundos ni con las mejores de las opciones. Porque más allá del determinismo social que podría haber condenado al personaje a un destino miserable, se alza su fuerza y su deseo de cambiar esa suerte y torcer ese obstinado destino. Una lucha que no resulta fácil y que, en el caso de Lázaro, se resuelve de forma ambigua e irónica. En suma, una batalla que, si seguimos el consejo del prólogo y remamos con «fuerza y maña», quizá hallemos el modo de vencer.

Fernando J. López



Lazarillo de Tormes

Anónimo

PRÓLOGO



Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas¹, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena²»; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello, y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto. Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus

vengan a
noticia
sean
conocidas

para
hace
echar a mal
desperdiciar

trabajo
aquí, esfuerzo

1. Para suscitar el interés del lector, se alude al carácter excepcional de los sucesos que se van a relatar a continuación, un tópico literario de la época.
2. Esta sentencia, muy citada durante los Siglos de Oro, fue atribuida por Plinio el Joven –poeta latino del siglo I– a su tío, Plinio el Viejo (23-79 d. C.), el prestigioso científico romano que recopiló notables investigaciones sobre fenómenos naturales en su célebre obra *Naturalis historia*.

obras y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes³».

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y, así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia!».

Justó muy ruinmente el señor don Fulano y dio el sayete de armas al truhan porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas⁴: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va desta manera; que, confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo⁵ escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced⁶ reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se

3. Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.): orador y político romano. Mediante la cita de autoridad, el narrador explicita la intención de la obra: alcanzar la fama literaria.

4. *dio el sayete de armas al truhan porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas*: «regalaba el sayete al bufón porque lo adulaba diciéndole que había peleado muy bien».

5. La *nonada* y el *grosero estilo* se relacionan con la triple división de la retórica tradicional: estilos humilde, mediano y sublime. El estilo humilde es acorde a la extracción social del pícaro. No obstante, el comentario está cargado de ironía y de falsa modestia.

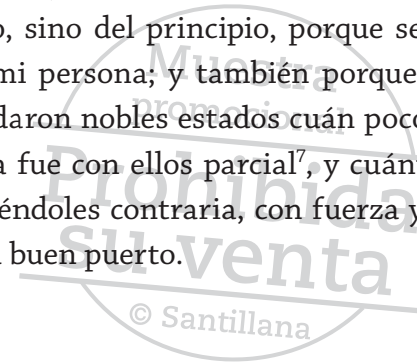
6. *Vuestra Merced* es un receptor desconocido. El relato en primera persona de Lázaro y esta interpelación directa son los elementos clave que marcan la estructura epistolar de la obra.

conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, paresciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial⁷, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.

nobles
estados
elevada
posición
social

7. *Fortuna fue con ellos parcial*: «fueron afortunados».

presentado
teólogo que
espera el
grado de
maestro
(doctor)
justó
combatió en
una justa o
torneo
sayete
de armas
sayo corto
y pequeño
debajo de la
armadura
nonada
menudencia,
cosa sin
importancia
grosero
rústico
hayan parte
participen
se huelguen
se alegren, se
diviertan
fortunas
desgracias



TRACTADO PRIMERO

*Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue*⁸



Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares⁹, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río¹⁰, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomole el parto y pariome allí. De manera que con verdad me puedo decir nascido en el río¹¹.

molienda
porción de cereal que se muele

aceña
molino harinero situado junto a un río

8. *cuyo hijo fue*: «de quién fue hijo».

9. Actualmente, Tejares es un barrio de la capital salmantina situado a la orilla del Tormes.

10. *tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río*: «se dedicaba a moler el cereal (*molienda*) en un molino harinero (*aceña*) que está en la orilla (*ribera*) de aquel río».

11. La narración del origen de Lázaro señala desde el inicio el carácter paródico del relato, ya que su nacimiento guarda semejanza con el de Amadís, también nacido en un río. El contraste es evidente: mientras que el héroe de la novela de caballerías es de noble linaje, Lázaro exhibe la humildad de sus progenitores.

sangría
metafóricamente, robo
costal
saco que contiene el trigo

acemilero
encargado de guardar las mulas (acémilas)
que transportaban el suministro para los soldados
fenesció
acabó
sin marido
y **sin abrigo**
viuda y pobre

moreno
negro
curaban
cuidaban

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados¹². En este tiempo se hizo cierta armada contra moros¹³, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue; y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos, por ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, y metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena¹⁴, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento¹⁵. Este algunas veces

12. El texto bíblico de las bienaventuranzas está incluido en el Evangelio de san Mateo y contiene las promesas de Jesús al pueblo. El narrador se refiere concretamente al siguiente fragmento: «Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5:10).

13. El protagonista alude a la expedición de los Gelves, una campaña militar ordenada por Fernando el Católico para ocupar el norte de África en 1510. En 1520 tuvo lugar otra expedición, lo que ha suscitado ciertas dudas sobre la datación de la obra. No obstante, la crítica se inclina por darle más veracidad a la referencia a la primera.

14. El Comendador de la Magdalena era el caballero que tenía la dignidad (encomienda) de la Magdalena, una de las adscritas a la orden militar de Alcántara. Las órdenes eran instituciones, sociedades de caballeros cristianos.

15. Se usa *venir en conocimiento* de forma irónica porque admite el doble sentido de «conocerse» y de «comenzar a mantener relaciones sexuales».

se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito¹⁶ muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebajando con el mozo, como el niño vía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía del, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía:

—¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

—¡Hideputa¹⁷!

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mismos!».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y, hecha pesquisa, hallose que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caba-

16. *mi madre vino a darme un negrito*: «mi madre me dio un hermano negro».

17. El exabrupto se utiliza con doble sentido: insulto y exclamación afectiva, haciéndose patente nuevamente la ironía.

en achaque de
con la excusa de
pesábame
sufría
mas de que
pero desde que
a que
con los que

brincaba
cogía en brazos
trebajando
jugando
vía
veía

entre mí
para mis adentros

pesquisa
investigación, averiguación
salvado
cáscara del grano
almohaza
cepillo para limpiar
caballos

hacía
perdidas
fingía
perdidas

llos hacía pérdidas; y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba¹⁸, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto¹⁹.

Y probósele cuanto digo y aun más; porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron²⁰, y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario²¹, que en casa del sobredicho comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la sogá tras el caldero²², la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana²³; y allí, padesciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

18. El padrastro quitaba las herraduras (*desherraba*) para conseguir dinero con el metal.

19. El anticlericalismo se pone de manifiesto en el paralelismo que traza el narrador entre el padrastro de Lázaro y los clérigos y frailes.

20. Uno de los castigos de la época consistía en pringar, es decir, echar grasa hirviendo sobre las heridas.

21. *sobre el acostumbrado centenario*: «además de los habituales cien azotes».

22. *Por no echar la sogá tras el caldero*: «por evitar males mayores».

23. El mesón de la Solana, una de las mejores posadas de Salamanca, se encontraba ubicado en la Plaza Mayor.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tractase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente²⁴, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandome que llegase cerca del animal, y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro del.

Yo, simplemente, llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

24. La palabra *puente* tenía género femenino.

adestrarle,
guiarle
llevándolo
por la diestra
(derecha)

mirase por
mí
cuidase de mí

llegase
me acercase

simplemente
inocente-
mente
par de
junto a
calabazada
golpe contra
la piedra